

# Estado-Nación: visión y construcción conceptual desde el pensamiento de Domingo F. Sarmiento

[State-Nation: Conceptual Vision and Construction  
from Domingo F. Sarmiento's Thought]

Enrique De Goycochea  
(Universidad Nacional de Córdoba)  
degoyco@gmail.com

Lisandro Angelini  
(Universidad Nacional de Córdoba)  
lis\_673@hotmail.com

## Resumen

A lo largo de este artículo, se pretende responder a cuáles fueron los ejes centrales en la visión y construcción conceptual de Domingo F. Sarmiento, respecto a la proyección de un diseño que permitiese insertar el espacio geográfico de la cuenca del río de la Plata a la línea evolutiva de lo que se consideraba la "civilización". Como objetivos proponemos en primer lugar, describir brevemente el contexto en el cual se desarrolla el pensamiento sarmientino, tratando de evidenciar cómo las especificidades del devenir histórico de este espacio se reflejan en él mismo. En segundo lugar, analizar y explicar las ideas centrales a partir de las cuales el autor entiende que debe configurarse este espacio. Tercero, se plantearán ciertos límites y oposiciones a su proyecto político en el último tercio del siglo XIX.

**Palabras claves:** Estado – Nación – Sarmiento – Intelectuales.

## Abstract

Throughout this article, we pretend to answer which were the main axes of the conceptual vision and construction, as regards the projection of a pattern that allowed inserting the geographical space of the River Plate basin to the evolutionary line of what was considered "civilization". As aims we propose in the first place, to describe briefly the context in which Sarmiento's thought develops, trying to evidence how the specifics of the historical coming of this space are reflected in itself. In the second place, to analyze and explain the main ideas from which the author understands that this space must be configured. Third, to put forward limits and opposition to his political project in the last third of the XIX century.

**Keywords:** State – Nation – Sarmiento – Intellectuals.

Recibido: 26/03/2012

Evaluación: 01/05/2012

Aceptado: 16/05/2012

Anuario de la Escuela de Historia *Virtual* – Año 3 – N° 3 – 2012: pp. 115-132.

ISSN: 1853-7049

<http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria>

## Estado-Nación: visión y construcción conceptual desde el pensamiento de Domingo F. Sarmiento

*“hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo...nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no la entendemos...”<sup>1</sup>*

**E**l espacio americano, siempre constituyó para una parte importante de los sectores letrados y dirigentes, un obstáculo; éste era percibido como problemático y conflictivo, una inmensidad que dificultaba la inserción del mismo dentro de la temporalidad de la *modernidad* occidental. A lo largo de este artículo, se pretende responder a cuáles fueron los ejes centrales en la visión y construcción conceptual de Domingo Faustino Sarmiento, respecto a la proyección de un diseño que permitiese insertar el espacio geográfico de la cuenca del Río de la Plata a la línea evolutiva de lo que se consideraba “civilización”. En primer lugar, se propone abordar y describir brevemente el contexto en el cual se desarrolla el pensamiento sarmientino, tratando de evidenciar cómo las especificidades del devenir histórico de este espacio se reflejan en él mismo. En segundo término, se analizará y explicará las ideas centrales a partir de las cuales el autor entiende que debe configurarse este espacio. Por último, visibilizar ciertos límites y oposiciones que su proyecto político encontró, por un lado, realizando un breve análisis de algunos elementos presentes en la obra de José Hernández, referente por antonomasia de la literatura gauchesca, y, por otro, relacionando sus ideas con el perfil que comienza a adquirir el Estado nacional hacia 1880.

Tanto las condiciones locales como globales del primer cuarto del siglo XIX presentaron una serie de desafíos y oportunidades para el espacio rioplatense. En este sentido la independencia política de la corona española generó en los sectores de elite y particularmente entre intelectuales una serie de interrogantes: ¿Qué hacer con semejante inmensidad? ¿Cómo organizar y administrar “el desierto americano” para aprovechar su enorme potencial? En base a estas preguntas, durante los debates de la década de 1820 tres núcleos temáticos se destacarán: la necesidad de imponer gobiernos poderosos, la falta de condiciones para promover los principios democráticos y la materialización definitiva del confederacionismo americano que incluiría a casi todas las regiones sudamericanas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> BORGES, J. L., “El fin” (pp.167-170), en *Ficciones (Artificios)*, Buenos Aires, 1986, p.170.

<sup>2</sup> MONTEAGUDO, B., *Revolución, independencia, confederacionismo*, Buenos Aires, 2006, p.25.

Bernardo de Monteagudo, uno de los pensadores más importantes del Río de la Plata, promovía la idea de que eran necesarios gobiernos fuertes. Si en el primer decenio revolucionario había promovido la figura del gobernante dictador frente al peligro de la reconquista española, a partir de 1823, cuando este peligro se disipaba rápidamente, la necesidad de una potente administración siguió siendo necesaria como posible solución a los problemas que provocaban las luchas civiles. Sobre estas bases consideró inevitable sacrificar parte de la libertad ganada, para ceder lugar, paso a paso, a la existencia de un gobierno que reuniera esas duras características. Así, Monteagudo desplazaba el foco de un problema no resuelto. La respuesta no había que buscarla entonces en lo que estaba arriba sino en lo que, sobre todo, estaba abajo: si se temía conceder demasiado poder a los gobernantes era mucho más de temer la poca obediencia de los gobernados.

Además de Monteagudo, no fueron pocos los intelectuales que se preocuparon por la conformación de un territorio cohesionado, donde se asegurara la gobernabilidad del mismo y de sus habitantes. No obstante, la cuestión de la constitución de una identidad nacional, fue convirtiéndose en un problema intensamente debatido para las elites rioplatenses: las diferencias existentes entre los proyectos que se ocupaban de la forma que debía tomar el futuro Estado, el apoyo popular que adquirieron las posturas federales y confederales, constituyeron un grave obstáculo a los intereses de estos sectores influenciados por el iluminismo, el romanticismo y diferentes ideologías europeas que pretendían integrar a este espacio en la temporalidad *moderna*. Parte de la obra y el pensamiento de Sarmiento constituyen en el presente texto el ejemplo a desarrollar de los intelectuales americanos del siglo XIX, que no limitaron su actividad a la reflexión teórica, sino que, por el contrario, sumaron a ésta su participación directa en el debate político a través de la ejecución de determinadas estrategias de intervención en la esfera pública.

### **El espacio rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX**

La articulación entre el carácter de un paisaje y las forma de gobierno más adecuada a él ya estaba planteada dentro del iluminismo. No obstante, ya desde el segundo lustro de la década de 1810, en los territorios rioplatenses se dieron intentos reiterados por encontrar principios políticos “unificadores” a partir de varias constituciones redactadas que no lograron la adhesión generalizada de las elites de las diferentes provincias. Tampoco consiguieron generar una identidad más abarcadora que la de los Estados provinciales. Asimismo, el proceso que Tulio Halperin Donghi<sup>3</sup> describe como una ruralización de las bases del poder, a partir de 1820, hizo que la riqueza de los hacendados comenzase a anteponerse a la hegemonía de los sectores letrados, la que

---

<sup>3</sup> HALPERIN DONGHI, T., *Revolución y Guerra (formación de una elite dirigente en la Argentina criolla)*, Buenos Aires, 2009.

dependía, a su vez, de la solidez del orden administrativo heredado de la colonia. Desde 1824, el mantenimiento de la articulación regional, distinta en sus características de la vigente en la etapa colonial, siguió siendo indispensable para la supervivencia de las economías regionales. Así, las provincias políticamente separadas estaban obligadas a mantener contactos que hicieron muy peligroso el *status quo* establecido por el orden político en la década siguiente. Por ejemplo, Rosas, frente al peligro real de desintegración territorial, provocado por la gravitación de otros centros económicos como Valparaíso, Rio Grande do Sul y Montevideo, estableció en el año 1835 una ley de aduanas que tuvo efectos centrípetos frente a las dinámicas centrífugas antes mencionadas.

En este contexto político, social y económico la llamada Generación del '37, desde su condición de intelectual, decidirá convertirse en actor político e instaurará la siguiente discusión: ordenar la Revolución o completarla. Si bien la resignificación del espacio nacional corresponde a la generación del '80, comenzará a tomar forma con la del '37, y un requisito fundamental para que las elites pudieran abocarse a esta tarea sería la posibilidad de lograr un orden social. Ordenar la revolución implicaba frenar el proceso de independencia ya que no era posible estar en Revolución permanente.

Los miembros de este grupo transitaron su formación después de la revolución independentista y durante la década del '20. Sarmiento, aunque no forma parte estrictamente de la Generación del '37, sí comparte época y propósitos con la misma. El mismo se formó bajo la reforma educativa rivadaviana, reforma que apuntaba a nacionalizar las elites porteñas y provinciales y que además estuvo marcada también por un sesgo secularizante. Otro aspecto de la educación de este grupo de pensadores tiene que ver con una formación nutrida por la cultura de la Ilustración.

Algunos de sus referentes, se alejaron de los rivadavianos por considerarlos demasiado apegados a la matriz europea y desconocer los matices de la realidad del Río de la Plata. Por otro lado, sus integrantes se caracterizaron por un marcado antirrosismo, a excepción de Alberdi que mostró un mayor acercamiento hacia Rosas y a su gobierno, y, en esta línea, uno de los más fuertes reclamos de la oposición a Rosas era el de no haber institucionalizado y organizado formalmente el país cuando estaban todas las condiciones dadas para hacerlo. En 1842 comenzó el exilio de algunos de ellos en Europa, la Banda Oriental y Chile, este último país sobre todo constituía un modelo para los países americanos en cuanto a que presentaba una sociedad muy desigual, y al mismo tiempo muy disciplinada. En el año 1852 todos participarán de la coalición contra Rosas, el cual en el plano discursivo, pareciera que en pocos años ha pasado de ser un monstruo sanguinario a sólo un obstáculo, el único tal vez, que impide la definitiva organización nacional.

El proyecto fundamental de la Generación del '37, era lograr el desarrollo definitivo del país "unificado". Es importante destacar, que este desarrollo había sido previamente formulado en el campo intelectual antes de la caída de Rosas, y se fundamentaba en el marco de un doble diagnóstico que se hacía de la realidad

argentina relacionado con su situación frente al panorama mundial e interior. En cuanto a lo interno, el régimen rosista dejaba un cierto orden, de alguna manera había enseñado a la población a “obedecer” disciplinadamente. Ese legado debía ser preservado para desarrollar la institucionalización en una región donde la paz devenida de la prosperidad económica había producido intereses en común. Desde el diagnóstico exterior, se destacaba el acelerado avance del capitalismo y se consolidaba rápidamente la división internacional del trabajo. No obstante, hay quienes advirtieron, como Sarmiento y más tarde Vicente López, que el avance del capitalismo implicaba beneficios, pero también desventajas, si Argentina no se adaptaba desde una posición autónoma podía producirse el ingreso de las tensiones que el capitalismo introducía en las situaciones interiores de los países.<sup>4</sup>

Por otro lado, el activismo de los sectores populares era visto como una amenaza, como el producto de las tensiones sociales que el desarrollo capitalista instalaba en el seno de la sociedad y que traía aparejado la organización de la clase obrera con proyección política, como quedó evidenciado en la Comuna de París y la Revolución del '48. Para algunos políticos y pensadores, como Alberdi, el eje de esta cuestión pasaba por evitar a toda costa esta amenaza en un país, Argentina, cuya estabilidad política era sumamente frágil.

Este grupo de letrados reclamará una posición preponderante dentro de las elites dirigentes que se justificará por la posesión de un acervo de ideas y soluciones que debiera permitirles dar orientación eficaz a una sociedad que la nueva generación veía como esencialmente pasiva. El modelo en que esas elites debían articularse con otras fuerzas no era en principio relevante. Se pensaba que no había otras fuerzas que pudieran contarse entre los actores del nuevo proceso político. El grupo generacional de 1837 cultivaba la noción de que la acción política debía ser un esfuerzo por imponer a la Argentina una estructura que debía ser, antes que el resultado de la experiencia histórica atravesada por la entera nación en los 40 años anteriores, el resultado de un modelo previamente definido por quienes tomaban a su cargo la conducción política. No obstante, ya en 1845, Sarmiento convocaba a colaborar en la instauración de un orden institucional a los que habían crecido en prosperidad e influencia gracias a la paz y estabilidad conseguida por Juan Manuel de Rosas. En este contexto, correspondió a Florencio Varela, sugerir una estrategia que reflató los ya por entonces clásicos reclamos contra el gobierno de Rosas sostenidos por algunos sectores de la elite de algunas provincias de la Confederación: la libre navegación de los ríos interiores, y la finalización del monopolio portuario porteño, cuestiones que se pensaba, desde ciertos sectores porteños, impondrían extremas consecuencias jurídicas a la hegemonía de Buenos Aires.

En síntesis, en 1837 la nueva generación de intelectuales se veía a sí misma como la única guía política de la futura nación, pero hacia 1850 se asumía como una de los dos

---

<sup>4</sup> CHIARAMONTE, J. C., *Nacionalismo y Liberalismo económicos en Argentina 1860-1880*, Buenos Aires, 2012.

interlocutores cuyo diálogo fijaría los destinos del país. El otro interlocutor era, por supuesto, la elite político-económica. Este diálogo a su vez se planteaba ante la necesidad de hacer frente a una amenaza latente: las convulsiones de la sociedad europea habían revelado en los sectores populares potencialidades temibles. Frente a ellas, la coincidencia de intereses de la elite letrada y de la elite económica tendía a estrecharse cada vez más y ya a partir de la batalla de Caseros, los proyectos que habían comenzado a esbozarse para cuando el país alcanzase tal encrucijada, se irían transformando paulatinamente hasta desembocar en diseños más precisos.

### **Diseño y organización de una geografía tensionada**

Sarmiento, “abogó por la construcción -¿quizás una invención?- de una sociedad donde imperasen con la misma fuerza la igualdad y la libertad, promoviendo un *trasplante institucional*”,<sup>5</sup> pero siguiendo el interrogante que plantean Marta Bonaudo y Élide Sonzogni,<sup>6</sup> “¿qué elementos subyacían detrás de ese trasplante?”. El sanjuanino tenía la convicción de que era necesario recrear, siguiendo con Bonaudo y Sonzogni,<sup>7</sup> en un contexto fatalmente desértico, una nueva sociedad y, por ende, un régimen político diferente. Y ya podemos encontrar algunas de las líneas fundamentales para construir dicho régimen, que llevarán a la posterior construcción de su idea de Estadonación, en su célebre *Facundo o Civilización y Barbarie*, cuya primera edición, publicada en 1845 en Chile, tuvo lugar en un contexto en el cual la caída del orden rosista aún no era una probabilidad real y tangible.

En el *Facundo*, su autor define la dicotomía civilización/barbarie en términos geográficos, las ciudades, enclaves de civilización rodeadas por una llanura inculta, son claramente sitiadas por el desierto. En consecuencia, el futuro se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, gracias a las características de su paisaje, reclinado tranquilamente sobre un inmenso territorio donde trece provincias no conocen otra salida para sus productos que el puerto, el que a su vez permite el ingreso de los elementos civilizatorios. Al mismo tiempo, todos los elementos que componen la geografía y la vida cotidiana del espacio argentino, son transformados en símbolos significativos de un germen que habita en la piel y el espíritu del caudillo, protagonista fundamental en la tarea de descubrir la incógnita de nuestra realidad: la pampa, los ríos, los montes, la pulpería, la montonera, la ciudad, la campaña. Los arquetipos de la obra son el gaucho cantor, el gaucho malo, el comandante de campaña, el rastreador y el baqueano. En todos estos elementos encontramos una constante primordial: el “poncho” se enfrenta al “frac” con una tenacidad ineludible. Un ensayo, en el que

<sup>5</sup> HALPERIN DONGHI, T., *Proyecto y Construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, 1980, p.11.

<sup>6</sup> BONAUDO, M. y SONZOGNI, E., “Los grupos dominantes entre la legitimidad y el control” (pp.27-96), en M. BONAUDO, *Nueva Historia Argentina, (Liberalismo, Estado y Orden Burgués 1852-1880)*, tomo IV, Buenos Aires, 1999, p.31.

<sup>7</sup> *Ibid*, p.31.

su autor, intenta develar las claves de lo que nos identifica frente al resto de América y del mundo. Su visión, así como la claridad y la potencia retórica de su exposición son asombrosas, cautivantes. No obstante, se mantiene ceñida a la matriz ideológica europea en cuanto a un concepto que resultará clave al momento de diseñar el futuro espacio de la "Patria Chica": la idea que Sarmiento tiene de lo "civilizado" y lo "bárbaro"; y de los elementos pampeanos que componen el significado de ambos términos.

Frente a una singular realidad geográfica, la pampa, y ante los imprevistos giros históricos de la República, Sarmiento intenta un análisis del país a partir de sus signos distintivos. Una y otra vez, por ejemplo, se insiste en la vestimenta. Esto no es algo superficial, el mismo autor confiesa verlo simbólicamente: "*Toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero... Hay aún más: cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir*".<sup>8</sup> El vestuario, como sistema semiológico es uno de los más desarrollados en el *Facundo*. No obstante, Sarmiento advierte lo que más tarde, autores como Kusch<sup>9</sup> han denominado la *seducción de la barbarie*: "*Error de argentinos iniciar la batalla con cargas de caballería; error que ha hecho perder la república en cien combates, porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones; pues si solevantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis al gaucho más o menos civilizado, pero siempre al gaucho*".<sup>10</sup>

El uso del frac, aunque rasgo distintivo de la civilización, en los territorios rioplatenses, no corresponde a un cambio "genuino" de ideas, a una evolución hacia el progreso, sino que es disfraz. Disfraz que sobrevive en la ciudad hasta que soplan los vientos de "tierra adentro" sobre ella, y que a su vez, no puede arraigarse en la campaña porque allí el contacto con la tierra barbariza. A este respecto Facundo Quiroga, "bárbaro por excelencia" es invocado desde la introducción para que ayude en la hermenéutica empresa de desentrañar el secreto de esta tierra. La intención es convertir su figura en signo mismo de su explicación porque a diferencia del indio, "el personaje del gaucho posee forma y definición: la sombra evocada seduce a Sarmiento y a las generaciones sucesivas. Será el gaucho, y no el indio, el que represente más tarde esa inasible condición del *ser nacional*".<sup>11</sup>

Ahora bien, en el análisis que Sarmiento hace de la pampa, aparece también una distintiva peculiaridad de nuestra realidad socio-histórica determinada por las características físicas de la llanura: la descripción de la frontera semihabitada, las campañas pastoras miserables e indefensas, pasibles de ser transformadas por la *civilización*, en síntesis, las distancias impiden la asociación de los hombres en pro de la res-pública. Se pone en evidencia de este modo una dificultad entendida por muchos

<sup>8</sup> SARMIENTO, D. F., *Facundo*, Buenos Aires, 2010, p.207.

<sup>9</sup> KUSCH, R., *La seducción de la barbarie: análisis herético de un continente mestizo*, Buenos Aires, 1953.

<sup>10</sup> SARMIENTO, D. F., *Facundo*, Buenos Aires, 2010, p.250.

<sup>11</sup> SILVESTRI, G., "El imaginario paisajístico en el litoral y el sur argentinos" (pp.217-292), en M. BONAUDO (ed.), *Nueva Historia Argentina, (Liberalismo, Estado y Orden Burgués 1852-1880)*, tomo IV, Buenos Aires, 1999, pp.222-223.

historiadores como estructural, inherente a las provincias del Río de la Plata, surgida a su vez del patrón de expansión demográfica de la conquista española: la gran dispersión poblacional en una extensa geografía, que aún a mediados del siglo XIX, posee regionalismos muy marcados. Frente a estas condiciones, Sarmiento cree ver en cada signo de adelanto un atisbo de la bonanza futura, cristalizada en algunas originales y limitadas experiencias. En el *Facundo*, contrapone la miseria de los adelantos criollos con la ordenada colonia alemana o escocesa del sur bonaerense: casas pulcras, bien pintadas y con un interior amoblado de manera sencilla, pero ordenado, un paisaje pequeño y bien delimitado. Luego ampliará esta imagen hacia algunas poblaciones criollas, que lentamente han ido alcanzando cierto grado de progreso. Ya en 1868, el discurso pronunciado en Chivilcoy, evidencia sólidamente su idea del diseño de una población progresista, “con la imaginación del estadista americano que está improvisando sobre esta tierra virgen mundos nuevos, sociedades viriles, ciudades opulentas, campiñas floridas”.<sup>12</sup> De acuerdo a Graciela Silvestri “ambas imágenes, la de la tierra desértica y atrasada, y la de las campiñas civilizadas, no se oponen necesariamente, ya que la segunda es una apuesta política que mira el futuro y no el modesto presente”<sup>13</sup> de las experiencias citadas.

Partir de una matriz ideológica europea, simplificadora en algunos conceptos, como el de civilización y barbarie, y a veces superficial ante la profundidad y complejidad de lo que se contemplaba en las provincias del Río de la Plata, conllevaba el peligro de la incompreensión. La idea de progreso frente al primitivismo y la de transformación de la pampa mediante la superación de las distancias, también estaba presente en los viajeros europeos que veían a América como una tierra apta para la inmigración y como un reservorio de productos para llevar a Europa. Tan es así que postularon la navegación de los ríos, la construcción de caminos y aún la exterminación del “salvaje”. Un enfoque europeo que modificó el curso de nuestra historia.

Más tarde, con la caída de Juan M. de Rosas, lo que era programa de gobierno encontró expedito el camino para volverse realidad histórica. De este modo, la gran demanda a partir de dicho acontecimiento fue *organizar* la nación, organización que tuvo entre sus consignas *crear* el territorio en el que se desplegaran las condiciones del progreso.<sup>14</sup> La complejidad de Sarmiento, escritor, pensador, político, le permitió liderar una política europeizante acorde al plan trazado en *Facundo*, y algunos años más tarde, en *Argirópolis*. En pocas obras como la última mencionada, el autor muestra su preocupación por construir una respuesta viable y realista.

Se defenderá de Alberdi cuando éste le reclame haber cambiado de posición entre el *Facundo* y *Argirópolis*, pasando de considerar que la geografía determinaba, inevitablemente, una forma unitaria para el país en 1845, a proponer en 1850 que el

---

<sup>12</sup> *Ibid*, p.249.

<sup>13</sup> *Ibid*, p.250.

<sup>14</sup> BONAUDO, M., “Prólogo” (pp.11-25), en M. BONAUDO (ed.), *Nueva Historia Argentina (Liberalismo, Estado y Orden Burgués 1852-1880)*, tomo IV, Buenos Aires, 1999, p.23.

sistema que se abrazara debía ser federal. La respuesta de Sarmiento será astuta: la opinión sobre la forma que debía adoptar la República Argentina vertida en *Civilización y Barbarie* era fruto del “estudio de su geografía”, mientras que la otra era el producto de una necesidad de “reforma de su geografía”, obra que debía llevar a cabo el Congreso.

El arrebató lírico del *Facundo* termina siendo en *Argirópolis* un crudo programa político. No obstante, casi todos los elementos que componen el diseño de este programa ya están presentes desde el primer capítulo del libro sobre la vida de Quiroga, como la configuración del espacio nacional, con su potencial y sus defectos, que señalan a la extensión geográfica como el principal problema y donde se acusa a la pampa de mala conductora de la civilización. Con todo, *Argirópolis*, en clave muy sarmientina, tiene la particularidad de dar ya por hechos, por probados, los argumentos que constituyen toda la novedad del *Facundo*. Al vincular el tiempo de la política con el espacio se pone en juego una especie de conciencia espacial, de “imaginación geográfica”. Siguiendo este concepto, y según Harley,<sup>15</sup> las descripciones territoriales que realiza Sarmiento, pueden pensarse entonces como una “ficción controlada” y, agregamos, orientadora, ya que toda cartografía es política y, aunque, como en este caso, no se diseñe desde el poder hegemónico, también implica una idea de orden, de organización, de control, y de inclusiones y exclusiones que disciplinan el espacio.

Como vemos, el peso del espacio es fundamental para Sarmiento, el cual postula de manera explícita a veces, e implícita en otras, que América va a progresar cuando transforme su geografía. En este contexto, el Estado nacional deberá ser construido en pos del progreso, y a la vez, será el producto de un proyecto de elite basado en la negación de las raíces americanas y la construcción de un área pequeña, cuyos límites, cuidadosamente delineados, contendrán un recinto donde el relato histórico pueda ser controlado:

“Desde Bahía Blanca hasta la cordillera de los Andes, apoyándose en la margen del río Colorado, debe de diez en diez leguas erigirse un fuerte permanente, y dispuesto de modo que sirva de núcleo a una ciudad. Esto no haría más que quince a veinte fuertes, los cuales formarían un límite final a la República por el sur...”<sup>16</sup>

Apoyamos esta cita con otro párrafo muy claro respecto a esta cuestión:

“Dos líneas de poblaciones fuertes, al Sur y al Norte de la República, aumentan en millones el valor de los millares de leguas asegurados entre

<sup>15</sup> HARLEY, J. B., “Maps, knowledge and power” (pp.277-312), en D. COSGRAVE and S. DANIELS, *The Iconography of Landscape, Cambridge, 1992*.

<sup>16</sup> SARMIENTO, D. F., *Argirópolis*, Buenos Aires, 2007, p.107.

ellas. He aquí un capital ya adquirido: un sistema de postas, telégrafos y posadas que atravesase el interior en dos o tres direcciones...”.<sup>17</sup>

Otros políticos o militares también postularon sus proyectos modernizadores siguiendo el concepto y el diseño espacial sarmientinos, así, por ejemplo, en la sesión del 24 de agosto de 1877, ingresó en la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto firmado por Vicente F. López y Álvaro Barros que proponía la construcción de un ferrocarril de trocha angosta que partiendo de la localidad de Bahía Blanca llegara hasta el cerro Pallén<sup>18</sup> en Mendoza. Los autores de dicha propuesta, señalaban que esta era una de las “ideas necesarias, eficaces y fundamentales”<sup>19</sup> para resolver el problema de seguridad interior de nuestro país, garantizar la riqueza de los campos, reducir la extensión del desierto y cortar por el centro el dominio indígena, dispersando la población nativa hacia los márgenes del territorio a conquistar.

Por cierto, los Estados Unidos eran tomados como modelo de organización y gobierno en reiteradas ocasiones. Por otro lado, como ya mencionáramos, *Argirópolis* trata de establecer rigurosamente los límites de un nuevo Estado. Utilizando palabras del mismo Sarmiento:

“Toda la vida va a transportarse a los río navegables, que son las arterias de los Estados, que llevan a todas partes y difunden a su alrededor movimiento, producción, artefactos; que improvisan en pocos años pueblos, ciudades, riquezas...”.<sup>20</sup>

Bastan estas ventajas para decidir la capitalización de la isla Martín García, debido a que el desarrollo de las naciones, y por consiguiente el de su poder, proviene de la facilidad de su sistema de comunicaciones internas y de la existencia de una gran cantidad de puertos en contacto con el comercio exterior y que permiten a la vez abrir el territorio. Continuando con el autor:

“La más ligera inspección de la carta geográfica muestra que el Paraguay, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe tienen en los ríos que atraviesan sus territorios, medios fáciles de exportación...”.<sup>21</sup>

Este es, sin embargo, el porvenir reservado al litoral, y que justifica el único diseño válido, dando cuenta de aquel problema estructural que mencionáramos más arriba, ya que por el contrario, el interior:

---

<sup>17</sup> *Ibid*, p.166.

<sup>18</sup> El cerro Pallén o Payén estaba ubicado a más de cien kilómetros al sur del puesto fronterizo más avanzado de la provincia de Mendoza.

<sup>19</sup> BARROS, A., *Indios, Fronteras y Seguridad Interior*, Buenos Aires, 1975, p.41.

<sup>20</sup> SARMIENTO, D. F., *Argirópolis*, Buenos Aires, 2007, p.40.

<sup>21</sup> *Ibid*, p.87.

“...al oeste de la Pampa, se muere de muerte natural; está lejos, muy lejos de la costa, donde el comercio europeo enriquece, y agranda ciudades, puebla desiertos, crea poder y desenvuelve civilización”.<sup>22</sup>

Ahora bien, el ejecutor de estos grandes planes será el Estado, que no aparecerá como Estado moderno, pero sí como el agente “modernizador” por excelencia, que será visible en la forma de un gobierno nacional, que tenga como objetivo único de sus esfuerzos poblar el país a través de la inmigración y la generación de riquezas. Surgirá, entonces, con fuerza la idea de Estado-Nación y se consolidará como una categoría erigida por una ficción orientadora de las elites letradas. Esta categoría, que generará otras anexas como “espacio” y “territorio”, será el producto de una tensión entre el polo de los sectores letrados y el polo de los sectores populares. En síntesis, gobernar es poblar y modernizar, una vez logrado un “orden social”. Respecto a esto último, el general Urquiza aparecerá como el garante de ese orden.

A su vez, encontramos sumamente interesante observar, directamente vinculada con la idea-fuerza de Estado-nación, la pasividad que se les atribuye a los pobladores que habitan dentro del territorio que se pretende delimitar, controlar y gestionar: “no tienen un carácter activo en los sucesos. Sufren, pagan y esperan”.<sup>23</sup>

Por todo lo expuesto más arriba, creemos entonces que las clases populares constituyen en este proyecto una “sujetividad” que deberá aceptar sumisamente la imposición de una “subjetividad” construida por las elites dirigentes. De acuerdo con esto, podemos afirmar que nos encontramos frente a un diseño territorial, que al igual que otros, intentará sustraer al pueblo de su espacio habitacional para subordinarlo al diseñado por los grupos hegemónicos:

“...A nadie se ocultan los defectos que nos ha inculcado el género de vida llevado en el continente, el rancho, el caballo, el ganado, la falta de utensilios... ¡Qué cambio en las ideas y en las costumbres! Si en lugar de caballos fuesen necesarios botes para pasearse los jóvenes...si en lugar de paja y tierra para improvisarse una cabaña (el pueblo) se viese obligado a cortar a escuadra el granito. El pueblo educado en esta escuela sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción que hacen a los norteamericanos tan superiores a los pueblos de América del Sur”.<sup>24</sup>

Es más que interesante también, revisar el proyecto sarmientino bajo la óptica de lo que Tulio Halperin Donghi llama en reiteradas ocasiones, su proyecto “socio-cultural

---

<sup>22</sup> *Ibid*, p.40.

<sup>23</sup> *Ibid*, p.38.

<sup>24</sup> *Ibid*, p.129.

como requisito fundamental para el progreso económico”.<sup>25</sup> La imagen sobre el cambio deseable y posible que construyó Sarmiento fue elaborada bajo el influjo de la crisis europea de 1848, de la cual, deducía que lo más urgente era no encerrarse en el laberinto francés.

Durante su estadía en Francia, París le permitió ver las tensiones latentes que confirmaban su imagen previa de las contradicciones socio-económicas en las que se desenvolvía el capitalismo. Por este motivo, el modelo guía que encontró fue el de los Estados Unidos en cuanto a uno de los intereses que más lo desvelaban, es decir, el surgimiento de una sociedad basada en la plena integración del mercado interno. La importancia de la palabra escrita en una sociedad organizada en torno a un mercado nacional aparecía de inmediato como decisiva, ya que ese mercado sólo podía estructurarse mediante la comunicación. Esta nueva sociedad requería, además de una masa de consumidores, de una masa relativamente letrada. Era necesario cultivar la aspiración a la mejora económica a partes cada vez más amplias de la población. Sarmiento veía en la educación popular, contrariamente a la visión de Alberdi -que pensaba que ésta debía contribuir a disuadir ciertas esperanzas entre las masas- un instrumento de conservación social, no porque ella contribuyese a alejar al pobre de cualquier ambición, sino porque debía ser capaz tanto de sugerirle esa ambición como de indicarle cómo satisfacerla dentro del orden social existente. En este modelo, la apetencia de la plebe por elevarse sobre su condición, lejos de constituir una amenaza al orden, podía alimentar los mecanismos de éste.

En síntesis, la alfabetización enseña a desempeñar un nuevo papel a la plebe, pero ese papel, y esto es lo fundamental, ha sido previamente establecido por quienes han tomado a su cargo la transformación socio-económica del joven Estado-Nación. En palabras del propio Sarmiento:

“...Y esta igualdad de derechos acordada a todos los hombres...es en las repúblicas un hecho que sirve de base a la organización social. De este principio imprescriptible hoy nace la obligación de todo gobierno a proveer de educación a las generaciones venideras, ya que no puede compeler a todos los individuos de la presente a recibir la preparación intelectual que supone los ejercicios de los derechos que le están atribuidos... la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparándose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados.”<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> HALPERIN DONGHI, T., “Una nación para el desierto argentino”, en *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846- 1880)*, Buenos Aires, 2000.

<sup>26</sup> SARMIENTO, D. F., “Educación popular” (pp.97-102), en T. HALPERIN DONGHI, *Proyecto y construcción de una Nación (Argentina 1846- 1880)*, Buenos Aires, 2000, p.97.

Un concepto clave, en el que deseamos insistir, es el que de manera implícita, pero muy clara, expresa que los individuos adoptarán pautas civilizatorias dentro del orden social y jerárquico establecido por las elites dirigentes, a través, por supuesto, de la educación popular. De este modo, a su vez, ese orden es legitimado, concretando uno de los objetivos fundamentales de este diseño intelectual: mediante la educación, las masas se insertan en él sin cuestionarlo, sin ofrecer resistencia. En última instancia entonces y de acuerdo con Alejandro Eujanián, *“fue la preocupación por el orden social la que impulsó al autor de Educación Popular a concebir la instrucción común como el principal factor de modernización y cambio social, al tiempo que, por fomentar el respeto a la vida y a la propiedad privada, ella se constituiría en el mejor sistema de policía”*.<sup>27</sup>

En relación a lo expuesto más arriba, enseñar a leer y a escribir, también era un modo de sustraer al gaucho de su propio espacio y hábitos de vida, para subordinarlo a los diseñados por las elites dirigentes. En lo que respecta a la difusión del libro, con el correr del tiempo tuvo gran impacto en el interior, la creación de bibliotecas populares durante la presidencia de Sarmiento, a través de una ley del año 1870 que responsabilizaba al Tesoro Nacional de su abastecimiento. Según Alejandro Eujanián, de acuerdo a un informe enviado por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en el mes de mayo de 1874, existían 148 de ellas repartidas en 129 pueblos.<sup>28</sup> La comisión destacaba el éxito de tal iniciativa al indicar que sobre una población estimada para el total de la República en 2.000.000 de habitantes, había una biblioteca cada 13.513 personas. Si bien, continuando con Alejandro Eujanián, no podemos extraer de tal dato la existencia de nuevos lectores, el informe aporta una referencia importante respecto a las características de los concurrentes, ya que estos son divididos en dos categorías: los que sabían leer y los que asistían a oír leer. Esta experiencia anuncia la existencia de hábitos de lectura *“a partir de los cuales la población analfabeta adquiriría cierta familiaridad con el material impreso”*,<sup>29</sup> y muestra que el desconocimiento del analfabeto no constituía un serio límite para formar parte del público e incorporar los cánones de las clases dirigentes letradas.

Trazando un panorama donde abundaban los rasgos contradictorios, siguiendo a Alberto Lettieri, se entiende que *“Sarmiento presentaba una sociedad fundada sobre la integración del mercado nacional, en la cual la comunicación escrita adquiría un papel decisivo, lo cual le permitía asignar a la alfabetización un papel liminar no sólo en la inducción del cambio social, sino fundamentalmente, en tanto orientadora de la dirección de ese cambio”*.<sup>30</sup>

---

<sup>27</sup> EUJANIÁN, A., “La cultura: público, autores y editores” (pp. 545-605), en M. BONAUDO, *Nueva Historia Argentina...*, op. cit., p.551.

<sup>28</sup> *Ibid*, p.563.

<sup>29</sup> *Ibid*, p.564.

<sup>30</sup> LETTIERI, A., “De la República de la Opinión a la República de las instituciones” (pp. 97-160), en M. BONAUDO, *Nueva Historia...*, op. cit., p.106.

### Límites del proyecto sarmientino

El espacio rioplatense a lo largo de todo el siglo XIX, estuvo cargado de profundas tensiones como reconocía el propio Sarmiento. Algunas de ellas, a partir de ejercicios literarios, políticos e intelectuales de ningún modo inconscientes, fueron visibilizadas desde muy temprano, y luego utilizadas como herramientas políticas, para construir una posición desde la cual oponerse a algunas y muy específicas ideas liberales que hacia la década de 1870 parecían estar fijando de manera definitiva el rumbo histórico de la Argentina. Lo importante, en cuanto a uno de los objetivos del presente texto, es destacar que a partir de la identificación de ciertas tensiones se revelaron también determinados errores conceptuales del pensamiento sarmientino, que provocaron, a su vez, no pocos errores, a nuestro entender, en las prácticas políticas de la clase dirigente a la hora de gestionar el territorio del joven Estado-nación. En cuanto a alguno de los ejercicios literarios mencionados más arriba, podemos citar el caso del *Martín Fierro*, cuyo relato se desenvuelve en un marco espacial contrario al concepto de espacio que podemos encontrar en *Argirópolis* o el *Facundo*.

José Hernández, como hombre de su tiempo, fue protagonista activo de los conflictos políticos y militares de la segunda mitad del siglo XIX. La escritura de las dos partes de su mayor obra tuvo lugar entre 1872 y 1879, es decir, entre el momento de su abnegado compromiso con López Jordán, gobernador de Entre Ríos, y el de su coincidencia con la política roquista. De hecho, su cambio de rumbo político coincide, en parte, con el agotamiento de las distintas alternativas de resistencia a un modelo de país que se imponía de manera irreversible. Esta adaptación al modelo de Estado-nación que finalmente se consolida también puede leerse entre líneas en la *Vuelta de Martín Fierro*, donde además de denunciar las injusticias cometidas por el poder político en la campaña, el gaucho rebelde de 1872 “regresa manso, celebra el exterminio indígena y aconseja sumisión a sus hijos”.<sup>31</sup> El mundo en el que ha crecido y en el que se ha desenvuelto Fierro pareciera haberse diluido en el pasado, su voluntad y su instinto de libertad se muestran disminuidos, tanto por el peso de sus experiencias personales, relatadas en el *Martín Fierro*, como por su modo de vida que ya no encuentra viabilidad dentro de los parámetros de la sociedad que encuentra al regreso de su exilio, más allá de los horizontes pampeanos. En síntesis, no sólo ha cambiado el mundo, sino que Fierro también lo ha hecho. En su instinto de sobrevivir ya no tiene otra alternativa que cambiar.

A través del *Martín Fierro*, Hernández construye un personaje que responde en gran parte al arquetipo del gaucho que Sarmiento había contribuido a fijar en su *Facundo*. Fierro es el gaucho cantor y es también el gaucho malo, con la enorme diferencia que para Sarmiento las características que definen a los habitantes de la campaña son

---

<sup>31</sup> HERNÁNDEZ, J., “Martín Fierro (el gaucho Martín Fierro y la Vuelta de Martín Fierro)” (pp.149-395) en R. PIGLIA y O. TCHERKASKI, *Tres poemas gauchescos*, Buenos Aires, 2001, p.151.

producto de los accidentes naturales de la geografía que describe, haciendo gala de unos recursos retóricos extraordinarios. En sentido contrario, para Hernández, las mismas características son un producto social. Es una sociedad injusta, que instituye una ley igualmente injusta la que produce al gaucho malo, que de tan perseguido por el ejército se termina convirtiendo en aquel arquetipo tan temido por Sarmiento. Asimismo, ya no sabemos de este renegado a través de la pluma letrada que organiza el saber del *Facundo*, sino que es la propia voz de este gaucho, que doliente y orgullosa, nos canta los avatares de su vida. Fierro se resiste al avance de la frontera, y el canto doloroso, que nace de su garganta, evoca permanentemente lo que era un modo de vida anterior a la presión y las urgencias del Estado moderno. Hernández reclama otro tipo de identidad. Ante todo, su gaucho se presenta como satisfecho, antes que su posibilidad de ser feliz sea cercenada progresivamente, hasta que, finalmente, lo pierda todo.

La literatura gauchesca no fue patrimonio exclusivo de José Hernández, dentro de este género podemos incluir a Estanislao del Campo, autor del *Fausto*, obra no menos compleja que el *Martín Fierro*. Tampoco podemos dejar de mencionar al uruguayo Antonio Lussich, que visitó a Hernández mientras éste permanecía recluido en el Hotel Argentino donde supuestamente redactaba los primeros versos de Fierro, para obsequiarle y dedicarle su obra *Los 3 gauchos orientales*, en las que tres paisanos: Julián, Baliente y Centurión intercambian sus experiencias y discuten sus posiciones sobre qué destino darle a la paz y qué hacer con las armas.

De acuerdo a Julio Schvartzman, “la materia y el tono de las obras de Hernández y Lussich son notablemente diferentes...sin embargo...puede encontrarse una convergencia, cierta unidad de intención reivindicativa”,<sup>32</sup> y una notoria desconfianza hacia el discurso político y letrado hegemónico. También encontramos una “apelación a los gobiernos para que escuchen ese clamor poderoso y sufrido que venía desde muy abajo.”<sup>33</sup> En este sentido, el poema de Hernández puede ser visto como una amenaza para el modo en que desde la década del ‘60 se pensaba el orden social y la conformación de un determinado régimen político. Sin embargo, de acuerdo con Alejandro Eujanián, otro problema importante “parece radicar en la recepción privilegiada por parte de un público que lo había acogido sin reservas”,<sup>34</sup> El gaucho *Martín Fierro* fue, en efecto, un gran éxito editorial, y en 1878 alcanzó los 48000 ejemplares vendidos, contando al menos tres ediciones clandestinas. Este fenómeno parece estar obedeciendo a la forma en que dicha obra se adecua a los códigos y convenciones que regían los hábitos de lectura de un nuevo público, el de la campaña. Su mayor mérito es ajustarse de manera óptima, debido a la estructura del relato, a las formas y procedimientos de la lectura en un fogón nocturno, es decir, en voz alta. Una experiencia intensa a la que hay que prestar

---

<sup>32</sup> *Ibid*, pp.6-7.

<sup>33</sup> *Ibid*, p.7.

<sup>34</sup> EUJANIÁN, A., “La cultura: público, autores y editores” (pp.545-605), en M. BONAUDO, *Nueva Historia...*, op. cit., p.590.

atención, porque en ella el territorio y sus pobladores se redescubren desde una nueva perspectiva.

Por último, no quisiéramos dejar de relacionar los conceptos aquí analizados, con respecto al perfil socio-político que la joven nación comenzaba a mostrar a partir de 1880. En base a este propósito, en cuanto a la *civilización*, en 1845, Buenos Aires aparecía como la ciudad en la que residían las esperanzas futuras y en muchos aspectos, seguirá siendo así, pero hacia el final de sus días, Sarmiento había dejado de considerarla la “Atenas del Plata”, ya que esta imagen comenzaba a teñirse con ciertos matices que la imagen “real” de la ciudad ofrecía a la vista y a los delicados gustos estéticos del constructor de la poderosa dicotomía *civilización/barbarie*. Buenos Aires se le antojaba como una enorme prisión, que ahogada entre sus propios límites, no toleraba ya los avances de la técnica ni las necesidades arquitectónicas que el buen gusto del ciudadano civilizado requería para satisfacer sus sentidos. A su vez, la creciente inmigración tan ponderada por él, ponía en evidencia, por un lado, las deficiencias existentes en cuanto a la infraestructura edilicia y, por otro, una política pública de salud e higiene ineficaz por demás. Quizá este último aspecto, por aquellos años, no fuese tan visible en el núcleo del casco urbano, pero Sarmiento era muy consciente de los riesgos a los que estaba expuesta la totalidad del área. Más allá de la vida que se desplegaba alrededor del puerto o del refinamiento de los espacios privados de la burguesía ascendente, era evidente la pobreza en la esfera pública de la vida urbana.

Mientras los avances técnicos que acentuaban el poder económico de Buenos Aires y de algunos otros centros urbanos vinculados al litoral fluvial, si bien eran señal del progreso material en determinados aspectos, tales como los medios de transporte, no habían sido utilizados al servicio de la formación de las virtudes cívicas publicitadas por la ideología liberal. Para Sarmiento quedaba claro entonces que el hiato entre *cultura* y *civilización* no había sido superado.

En cuanto a una de sus propuestas más sobresalientes de su programa político expuesto en *Argirópolis*, es decir, la fundación de una ciudad capital en la isla Martín García, estratégicamente ubicada en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, siguiendo el modelo norteamericano respecto a la intención de no reunir en el mismo espacio físico al poder económico y al poder político, esta postura fue abandonada paulatinamente y en 1871 encontramos al por entonces presidente Sarmiento vetando la ley que proponía a Villa María como capital de la República, argumentando que sería tentar a la providencia el colocar al gobierno nacional por diez años en la campaña sin tener los recursos necesarios para civilizar sus alrededores. En relación a lo expuesto podemos afirmar que si bien la federalización del puerto y la ciudad de Buenos Aires en diciembre de 1880 marcó lo que Roca llamaría el comienzo de la organización nacional, no hizo más que acentuar una tendencia que ya era visible durante el gobierno de Rosas: la consolidación del poder económico y político porteño.

Revisando otro de los conceptos claves en el pensamiento de nuestro autor, la *barbarie*, en 1880, de acuerdo con Blanca Zebeiro, “*el mundo pampeano iba a ser otro y la pampa húmeda inventada como proyección utópica. Como parte de esta proyección utópica del mundo imaginario, la fe en el progreso fue reemplazando paulatinamente el sentimiento de incertidumbre propio de los años transicionales. A partir de entonces, la Argentina se transformó en un sitio promisorio para proyectar un destino*”.<sup>35</sup> Allí, el poblamiento de la frontera y la inmigración serían las claves que permitirían transformar esta tierra de grandes extensiones *fatalmente desérticas*, en un espacio habitado por una sociedad civilizada de hombres laboriosos que lograrían vencer –siguiendo el pensamiento de Sarmiento– esa llanura inconmensurable sinónimo de *barbarie*. No obstante, para llevar a cabo la gran transformación del espacio y superar el aislamiento al que estaba sometida la llanura pampeana, se tuvo que practicar, desde el Estado, la consigna “conocer”. Si bien el *Facundo*, al igual que otras obras, contribuyó a dejar fuertes e imperecederas improntas de los llanos argentinos en la memoria colectiva de las clases dirigentes, ya no bastaba a inicios de la década del ’80, con las brillantes descripciones topográficas de Sarmiento. Con carácter de urgente, el modelo liberal que comenzaba a consolidarse, pretendía no sólo avanzar sobre el “desierto”, sino que necesitaba conocerlo realmente, mensurarlo, delimitarlo y poder finalmente gestionarlo y administrarlo a sus anchas. A esta causa, elevada por las elites económicas y los círculos militares más prominentes a la categoría de “cruzada patriótica”, se consagró el naciente Estado Nacional, aunque esa misma causa significara el desplazamiento y finalmente la destrucción del otro. Ese “otro”, que a diferencia del gaucho, en el *Facundo*, no poseía ni forma, ni voz, sólo una imagen que se desdibujaba en una frontera no menos difusa: los pueblos nativos, a los que se erradicó como parte de una *barbarie* a la que ni por asomo se pretendía incluir entre los límites “políticos” de la República Argentina.

En cuanto a la pasividad atribuida a las clases subordinadas en el proyecto político del autor en cuestión, como podemos comprobar en el análisis de la literatura gauchesca, ésta no fue tal, y no sólo Sarmiento tuvo que admitir que en ellos radicaba gran parte de la respuesta a las incógnitas que planteaban los llanos americanos sino que además, casi todas las acciones emprendidas por los grupos dirigentes para delimitar y gestionar el territorio de los jóvenes Estados nacionales que surgían en esta parte del mundo, fueron pensadas para controlar a pueblos que concebían su forma de vida como comunidades que eventualmente pudieron yuxtaponerse favorablemente al “espacio nacional” diseñado por las elites. Sin embargo, al ser sofocadas una a una todas las perspectivas que reclamaban otras formas de inserción, paulatinamente quedaron olvidadas o fueron “reinterpretadas” por los fundadores de la historiografía argentina.

---

<sup>35</sup> ZEBEIRO, B., “Un mundo rural en cambio” (pp.293-362), en M. BONAUDO, *Nueva Historia...*, op. cit., p.226.

## Consideraciones finales

Cuando en 1880 Julio A. Roca asumió la presidencia de la Nación, afirmó, que libres ya de las conmociones internas que a cada momento ponían todo en peligro, había finalmente llegado la hora de fundar el *imperio* de la Nación sobre el de las provincias. A su vez, desde el gobierno de Roca se manipulaba a las instituciones representativas en favor de las elites económicas y se anunciaba que el papel del Estado debía ser ofrecer garantías ciertas a la vida y la propiedad.

Sarmiento, por su parte, vivió sus últimos años con una profunda sensación de incertidumbre respecto a la estabilidad del orden político que surgía. Esta era la dimensión de la vida nacional que ante todo le preocupaba: el orden político no podía considerarse seguro ni estable. Pero muy difícilmente podría haberse consolidado un régimen con estas características mediante la labor política e intelectual de aquellos que con su pensamiento y sus obras contribuyeron en gran parte a construir un territorio nacional cargado de contradicciones, entre ellos el mismo Sarmiento. Desde luego que la forma en la cual se constituyó nuestra nación obedece a un proceso histórico sumamente complejo, en el que tomaron parte factores políticos, sociales, económicos y culturales de diversa índole, los cuales exceden en mucho los objetivos planteados en este trabajo. No obstante, no es menos cierto que intelectuales como Sarmiento, contribuyeron a fijar una serie de improntas en las clases dirigentes de la segunda mitad del siglo XIX. Improntas que marcaron las líneas de acción a través de las cuales, militares y políticos, emprenderían la definitiva integración de Buenos Aires con aquella incómoda presencia, que durante décadas se había recostado a las espaldas del gigante del Plata: las provincias.

El resultado de seguir determinadas líneas de acción, cargadas de proyecciones utópicas tan fuertes como irreales, fue la construcción de un espacio cargado de exclusiones territoriales, construido por minorías que concentraban el poder político y económico y que aun así debieron recurrir a la institucionalización de la fuerza para lograr sus objetivos, dando nacimiento al principal factor de poder del nuevo Estado: un moderno ejército nacional, que para ordenar la llanura y poner en marcha el proyecto civilizatorio, tuvo que, por un lado, sofocar la gran resistencia ofrecida a dicho proyecto por numerosas comunidades de la campaña, y por otro lado, “vaciar” un desierto mediante prácticas que pusieron en evidencia una contradicción de relevancia: el desierto no estaba vacío.

A través de estas contradicciones, se hicieron visibles los límites del proyecto sarmientino, los límites de su idea-fuerza, plasmados en la imagen de un contexto geográfico fatalmente desértico que se cristalizó mediante herramientas retóricas formidables, de la mano de un intelectual que desconocía las características de un universo social y cultural amplio y complejo, pero del que pretendía teorizar creyendo conocerlo profundamente.